

¿Dónde estamos y hacia dónde vamos?

«El pasado está dado y no se puede cambiar, el futuro es incierto y no se puede predecir».

David Anisi, *Creadores de escasez*

«Los tiempos son tres: presente de lo pasado, presente de lo presente y presente de lo futuro [...] el presente de lo pasado es la memoria, el presente de lo presente, la atención, el presente de lo futuro, la expectación».

Agustín de Hipona, *Confesiones*

No se puede conocer el futuro sencillamente porque no se puede conocer lo que no ha ocurrido. No es este el lugar para argumentar por qué resulta tan difícil hacer predicciones científicas interesantes. Debería bastarnos con ser conscientes de que, si se trata de pronósticos sobre la evolución de nuestra realidad, somos partícipes del fenómeno observado y que, con el hecho mismo de observar, estamos modificando ya la observación. La imagen del mundo comparada a una gran máquina en la que con conocimiento suficiente es posible establecer cualquier estado pasado o futuro no parece la más adecuada. La característica general de un sistema vivo –como el de un ecosistema o un sistema social y

INTRODUCCIÓN

económico— es que tiene historia y su desarrollo es irreversible, de manera que a través de su funcionamiento va aumentando la complejidad y la incertidumbre. Por ello, decía Margalef, «no es justo asociar el éxito de una ciencia, e incluso su aceptación como tal, a su capacidad de predicción. También puede considerarse aceptable en ciencia el definir correctamente por qué no es posible predecir».¹

La formulación de la pregunta de hacia dónde vamos a partir del análisis de dónde estamos no ha de ser vista, en ningún caso, como un intento de predicción. Representa más bien una forma de mantener la atención sobre el presente desde la expectación creada por lo que el futuro nos pudiera deparar. Más que predecir, se trata de influir sobre la realidad, pues aunque no sepamos lo que el futuro nos traerá, sí está en nuestras manos —como señaló Maquiavelo— conocer los caminos que conducen al infierno para así poder evitarlos.

De dónde venimos, dónde estamos

Venimos de la ruptura de un pacto social que consideraba complementarias las funciones económicas que desempeñaban sus miembros. El gran pacto entre capital y trabajo, que permitía cierta redistribución de la renta mientras no se cuestionara la propiedad y el control económico en un marco político liberal, manejó aparentemente bien durante un tiempo las contradicciones y conflictos que inevitablemente terminan siempre por emerger como consecuencia de la manera en que se desenvuelve el capitalismo.

Las transformaciones sociodemográficas de las sociedades occidentales y los cambios que en el mundo estaban aconteciendo (derrumbe del imperio soviético, quiebra del fordismo, una nueva división internacional del trabajo y el incremento de la movilidad del capital financiero por la hegemonía neoliberal y la generalización de las tecnologías de la información y la comunicación), coadyuvaron a cerrar las hojas de la tenaza con la que se construyó el orden socialdemócrata. El envejecimiento de la población exigía impuestos más altos para poder financiar la universalización de unas prestaciones que se extendían de forma paulatina hacia más áreas, mientras que en sentido contrario, la mundialización abría nuevas vías de agua para que las clases altas y el poder corporativo pudieran escapar del cumplimiento de sus impuestos socavando la fiscalidad. Los límites naturales al crecimiento se vinieron a sumar a un cuadro en un momento en el que la redistribución empezaba a ser permanentemente cuestionada por el neoliberalismo. El endeudamiento se convirtió en la válvula de escape de las presiones contenidas en el interior de la olla socialdemócrata, pero al precio de dejarla al calor de unos mercados financieros desregulados que no supieron nunca controlar la temperatura.

¹ R. Margalef, «Por qué es tan difícil hacer predicciones interesantes», en J. Nadal (coord): *El mundo que viene*, Alianza editorial, Madrid, 1994, p. 258.

Un orden social sin modelo de desarrollo

La noción de «orden social» resulta crucial para entender donde nos encontramos. Un orden social –sostienen Duménil y Lévy–² representa la configuración de unas relaciones de dominación asentadas en una alianza entre distintas clases sociales en un periodo de tiempo determinado. Se puede añadir: un orden social se asienta en una determinada estructura social con un polo dominante y otros de carácter funcional y subordinado, junto con un discurso ideológico hegemónico, un paradigma que inspira las políticas y las intervenciones públicas y un marco de instituciones en el que cristaliza todo lo anterior. El orden socialdemócrata se desarrolló sobre una base social protagonizada por amplias clases medias, bajo el paradigma keynesiano y unas instituciones que dieron lugar en Europa occidental a los Estados de bienestar. En cada orden social subyacen determinadas alianzas entre clases y grupos sociales que revelan la existencia, aunque sea implícitamente, de un pacto que, a su vez, puede eventualmente hacer emerger un determinado modelo de desarrollo.

El orden social neoliberal que sustituyó al socialdemócrata desde la década de los ochenta del siglo pasado no ha sido capaz, a diferencia del anterior, de destilar un auténtico modelo de desarrollo,³ y la última crisis así lo ha puesto de manifiesto. Por el contrario, ha dado lugar a una economía donde la sucesión de burbujas especulativas y la acumulación por desposesión han sido desde entonces las formas preponderantes de hacer funcionar el capitalismo, no ha sido capaz de erigir una estructura institucional propia que fuera más allá de cuestionar y desmantelar las heredadas del fordismo y ha traído una organización social esquizofrénica marcada por la polaridad derivada de la existencia de desigualdades de todo tipo. En el orden neoliberal, los polos sociales no se presentan complementarios (funcionales unos a otros), de manera que al no necesitarse –ni siquiera por la vía de la explotación– irrumpe la exclusión y el divorcio social. Las élites económicas, crecientemente globalizadas y financiarizadas, desatienden sus compromisos con el resto de la sociedad porque sus intereses ya no se vinculan con la población de su país sino con su

² G. Duménil y D. Lévy introducen la idea de orden social en su libro *The Crisis of Neoliberalism*, (Harvard University Press, 2011). En dicha obra estos autores consideran que la crisis actual es la cuarta crisis estructural del capitalismo desde finales del siglo XIX. Estas crisis son episodios de intensa perturbación de una duración aproximada de una decena de años que ocurren con una frecuencia de alrededor de cuatro décadas y que separan diferentes órdenes sociales (la crisis de 1890 abrió el orden liberal; la crisis de 1929 el orden socialdemócrata; la crisis de la década de 1970 el llamado orden neoliberal, y la crisis actual inaugurará un orden sin contornos aún definidos dado que nos encontramos ante una gran bifurcación aún no resuelta (idea expresada en el último de sus libros, *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*, cuya versión en castellano será publicada próximamente en la colección de libros de Economía crítica & Ecologismo social que coedita FUHEM Ecosocial con la editorial Los Libros de la Catarata. Este último libro es comentado por Duménil y Lévy en la entrevista que Bruno Tinel realizó para *Marx Actual*, y que publicamos traducida en este mismo número de *Papeles*).

³ Si resulta relevante la noción de «orden social», no menos importante es la idea de «modelo de desarrollo». Se adopta aquí el significado que le concede Martínez González-Tablas en su obra *Economía política mundial* (vol. II, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 80-85): Los «modelos de desarrollo» son formas específicas de funcionamiento del capitalismo que aparecen cuando afectan a componentes y relaciones centrales del sistema económico, no son anecdóticas sino que se extienden por un ámbito espacial significativo y se muestran capaces de crear condiciones de acumulación de manera significativa y duradera.

propia condición de clase transnacional. En palabras de Bauman: «la movilidad adquirida por las “personas que invierten” –los que poseen el capital, el dinero necesario para invertir– significa que el poder se desconecta en un altísimo grado, inédito en su drástica incondicionalidad, de las obligaciones: los deberes para con los empleados y los seres más jóvenes y débiles, las generaciones por nacer, así como la autorreproducción de las condiciones de vida para todos; en pocas palabras, se libera del deber de contribuir a la vida cotidiana y la perpetuación de la comunidad».⁴ Liberadas de toda atadura y responsabilidad, las élites del orden neoliberal propician la dinámica segregativa y expulsiva que está redefiniendo por completo las bases de la sociedad actual.

Expulsiones: ¿destino hacia donde vamos?

Ejemplos que evidencian esta dinámica hacia la expulsión se pueden encontrar en los rasgos que perfilan el funcionamiento presente de dos de las principales instituciones de nuestra sociedad: las limitaciones en el acceso al mercado laboral y a las prestaciones de lo que queda del Estado del bienestar.

Es cierto que el paro ha empezado a descender en nuestro país desde los abultados seis millones alcanzados en el peor momento de la crisis. También los gastos por prestación de desempleo han disminuido de manera significativa. Ambos datos han sido aireados como prueba de que comienzan a resolverse los graves problemas que atraviesa la economía española. Ahora bien, cabe una interpretación alternativa: no hacen otra cosa que mostrar el grave problema de la expulsión sin retorno de un volumen importante de personas del mercado laboral y de las políticas protectoras del Estado del bienestar. Así parece corroborarlo el estudio más detallado de las estadísticas. El descenso del paro se debe más a la disminución de la población activa que a los aumentos de la ocupación. La población activa se está reduciendo debido a que muchas personas en edad de trabajar han abandonado España, como muestran las estimaciones de población a 1 de enero de este año publicadas recientemente por el INE, o han pasado a la situación de inactividad desanimadas por no encontrar un empleo. Por otro lado, el descenso –mayor de lo previsto por el Gobierno– del gasto total en prestaciones por desempleo se debe a que los beneficiarios de la prestación vienen descendiendo a un ritmo mayor que el de los parados desde el año 2010, por lo que la tasa de cobertura no ha dejado de bajar. En mayo de este año se ha situado en el 57,7%, un mínimo histórico.

Además, la evolución eventualmente positiva del volumen total del paro no refleja los cambios en la composición del empleo: el trabajo fijo se está sustituyendo por ocupaciones precarias y peor pagadas. Los contratos indefinidos representan ya menos de la mitad del

⁴ Z. Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, FCE, México, 1999, p. 17.

total, lo que muestra una sociedad cada día más vulnerable y desigual. Es cierto que la temporalidad y parcialidad oscilan con especial intensidad tanto al inicio de una recesión (las personas empleadas temporal y/o parcialmente son las primeras a las que se despiden) como en las primeras fases de una recuperación (se empieza con estas modalidades de contrato al ofrecer mayor flexibilidad a un empresariado cauteloso ante la evolución económica), pero hay que tener en cuenta igualmente que el nuevo marco de relaciones laborales, que surge con la reforma laboral de febrero de 2012 y el decreto de impulso de la contratación a tiempo parcial de diciembre de 2013, también lo están propiciando.

En estas condiciones ni siquiera el acceso al empleo es ya garantía de nada: la figura del trabajador pobre, que a pesar de tener unos ingresos más o menos regulares no consigue cubrir las necesidades de su familia, es ya una realidad en España. El porcentaje de asalariados y asalariadas que ganan una cantidad igual o inferior al salario mínimo interprofesional (8.979 euros anuales en 2012) se ha duplicado desde el año 2004, alcanzando el 12% de toda la población trabajadora, provocando que España –junto a Rumanía y Grecia– sea el país en el que sus trabajadores tienen mayor riesgo de caer en la pobreza de toda la Unión Europea. Tener un empleo ya no es condición suficiente para evitar la pobreza.

Una sociedad en la que el descenso del paro no se debe tanto al dinamismo en la creación de nuevo empleo como al abandono del mercado laboral (y donde el poco que se crea es precario y no evita el riesgo de caer o permanecer en la pobreza), y en la que a pesar de existir un 61% de desempleo de larga duración y un 42% de los parados son mayores de 45 años, no se implementan políticas activas de colocación ni se refuerzan mecanismos públicos de continuidad de rentas (en casi dos millones de hogares no entra ningún tipo de ingreso), es una sociedad en la que la exclusión ha ampliado su radio de acción y no se cierra únicamente, como hasta ahora, sobre determinados sectores marginados. La vulnerabilidad y el riesgo de expulsión alcanzan cada vez más a mayores sectores de la sociedad.

Y si estos ejemplos son ilustrativos de cómo funcionan los mecanismos de expulsión en el seno de nuestra sociedad, apenas cabe imaginar en qué escala operarán a lo largo y ancho de todo el planeta ante los escenarios de escasez que sobrevendrán con mayor intensidad y frecuencia como consecuencia de la crisis ecológica global. Situados en este plano, podemos augurar que necesitaremos algo más que un pacto social.

Necesitamos un nuevo pacto que, más allá de lo social, confluya también en lo existencial

Ha sido Argullol quien ha puesto el dedo en la llaga al señalar que «más importante que el contrato social del que hablaron los ilustrados es el contrato existencial, del que carecemos

y que supondría entender la vida como un sutil juego de equilibrios entre deseo y respeto, entre posesión y contención»,⁵ añadiendo a continuación, que el capitalismo hoy globalizado que se asienta en el mundo tras la caída del muro de Berlín se comporta como una auténtica civilización de la *hybris*, del desequilibrio y la desmesura, y que sólo una democracia con capacidad de mediación y regulación entre los poderes, los individuos y el ser humano y su entorno será el antídoto que pueda garantizar la libertad frente al continuo sabotaje a que se ve sometida por esas fuerzas dominantes de la desmesura.

Un mundo en el que su evolución potencial se redujera a una única trayectoria sería un mundo muy frágil. El neoliberalismo thatcheriano del «no hay alternativas» fue un intento de poda masivo de las diferentes trayectorias posibles que están presentes como ramas en el árbol que representa la historia. Afortunadamente, sigue habiendo primaveras que hacen surgir brotes nuevos capaces de revivir el árbol viejo. Vivimos unos tiempos interesantes que nos impiden olvidarlo y en las calles hay gente que está pidiendo un cambio, no ya de actores, sino de escenario.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

⁵ R. Argullol, «La vida como saqueo», *EL PAIS*, 2 de julio de 2014.